

DESAFÍOS DE UNA TRADUCCIÓN¹

Juan Durán Luzio

A mediados de 1867, la señora Mary Peabody, viuda ya del célebre educador Horace Mann, le escribe desde Boston a Domingo Faustino Sarmiento comunicándole que ha concluido por fin la traducción de su *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga*. Le cuenta en esa carta que pronto el libro entrará a las prensas con el título de *Facundo: Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants*. Al año siguiente apareció, en efecto, esa versión de la que parece ser la primera obra literaria de la América hispánica independiente trasladada al inglés. Se había publicado por primera vez en Santiago de Chile en 1845, y la aparición de la versión inglesa en 1868 coincidía con la llegada de Sarmiento a la presidencia de la República Argentina.

Pocos años después, en 1890, la ya célebre novela *María*, del colombiano Jorge Isaacs, halla versión al inglés, con una necesaria aclaración en su título: *Maria: A South American Romance*, y esto sin duda para asegurar a sus potenciales lectores que se trataba de un libro de amor, y no sobre la Virgen, en años durante los cuales el marianismo alcanzaba enorme difusión. Pero esta versión, a pesar de haber sido publicada por la casa Harpers no tuvo el éxito que la novela había conocido en español desde el día de su aparición en Bogotá en 1867.

Luego, el poderoso empuje que la obra de Rubén Darío dio a la poesía castellana llamó la atención de los estudiosos extranjeros y, por lo mismo, la de los traductores; y, así, numerosos poemas suyos fueron incluidos en antologías y compilaciones que daban a conocer, en los países angloparlantes, las producciones poéticas de diversas partes del mundo. Con todo, solo una antología individual fue dedicada al vate nicaragüense, aparecida en el mismo año de su muerte (1916): en edición bilingüe, el volumen se titula *Eleven Poems of Ruben Darío*, y es publicado por la prestigiosa casa editorial Putman de Boston y Nueva York.

Sin embargo, después de Darío, una que otra obra literaria de la América española fue traducida al inglés, y sin mayores éxitos, justo es reconocerlo, hasta que la aparición del llamado "boom" de la novela hispanoamericana hizo que las páginas de Alejo Carpentier, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, García Márquez, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges -el maestro, y quien nunca escribió novelas- alcanzaran una amplísima difusión tanto en Estados Unidos como Inglaterra y en otros países de habla inglesa.

Gracias a esta convergencia entre calidad artística y habilidad empresarial de los editores, la literatura de nuestra América alcanzó por fin la merecida estatura mundial que la crítica especializada venía reconociéndole. El hecho contribuyó, ciertamente, para que otros calificados autores recibieran la atención que sus textos merecían hasta alcanzar el honor de la traducción; así, la traducción se impone como una prueba fehaciente del valor de un libro más allá del ámbito del idioma original en el que fue escrito.

Traducciones en Costa Rica

Hoy nos hemos reunido para festejar a un gran autor, una de cuyas novelas ha alcanzado tal distinción. No está de más, por lo mismo, repasar algo de la historia nacional que precede a este grato acontecimiento.

Entiendo que la primera obra literaria costarricense traducida al inglés es *Cuentos ticos*, de Ricardo Fernández Guardia, la cual, con el título de *Short Stories of Costa Rica*, apareció en Cleveland en 1905, publicada por The Burrows Brothers Company. El autor de

¹ Publicado en *Ancora, La nación* (25 de agosto de 1996).

la traducción es Gray Casement, quien también agregó un prólogo sobre Costa Rica titulado "A Central American Arcadia". El libro todo está ilustrado con numerosas fotografías y un mapa del país. La edición original de esta obra había aparecido en San José en 1901, publicada por la Imprenta de María viuda de Lines. La versión inglesa conserva diez de los once cuentos originales y se deja leer perfectamente en su segunda lengua. Fue bastante exitosa pues halló una segunda edición en 1908 y aun una tercera en 1925.

Bastante después, en 1961, la conocida casa editorial A. Knopf, de Nueva York, publicó una antología de obras folclóricas latinoamericanas con el título de *The Golden Land*, traducida por la laboriosa Harriet de Onís. Ahí se incluyen completos *The tales of my Aunt Panchita*, de la admirada Carmen Lyra.

Más recientemente y, en beneficio de otros creadores costarricenses de iguales méritos, conviene recordar que, en los últimos años, el poeta Laureano Albán y el narrador Quince Duncan han alcanzado a ver alguno de sus libros en inglés.

Years like brief days

Pasemos ahora a un comentario acerca de la traducción de *Los años. pequeños días*, que la editorial Peter Owen, de Londres, acaba de publicar en una traducción realizada por Joan Henry.

La parte material del libro es inmejorable: empastado, sobrecubierta ilustrada sutilmente en tonos moderados, y un interior de 120 páginas de márgenes amplios y distribución muy aireada, como suelen hacerlo las editoriales europeas de prestigio.

Es necesario situar un par de acotaciones acerca del contenido general de la obra. En cuanto a la organización general del relato, en la novela hay, y desde el comienzo, una figura en el primer plano desde la cual se genera el texto; pero esta figura central no está de frente al lector, no mira hacia afuera: mira hacia adentro de sí mismo, como si en un escenario el actor principal diese la espalda al público mientras dialoga con un niño, el niño que él mismo fue hace ya años.

En la parte posterior de ese mismo escenario, en un sitio más oscuro pero más alto, se hallan las figuras del padre y la madre de ese hombre y de ese niño quienes escuchan las confesiones que el uno al otro se van revelando para asombro y contento mutuo.

A ratos cruza este escenario el hermano mayor del hombre y del niño para terciar fugazmente en ese monólogo de dos. El lector es el público que, desde la platea o desde la lectura, mejor dicho, escucha o lee las voces de ese intercambio.

Así, el hombre de casi setenta años hoy, en el momento de emisión de su discurso - que es la novela, conversa con el niño y el adolescente que él fue pero, curiosamente, no siempre hay acuerdo entre esos dos o tres seres que se reconocen y se extrañan ante la presencia de aquellos otros que son uno solo, aunque ya diverso y variado por el paso del tiempo, el paso de los años, pequeños días.

Se dice que traducir es "expresar en una lengua lo que está escrito o se ha expresado antes en otra". Expresar fidedignamente, pues, parece ser requisito de toda buena traducción; pero es preciso aclarar que, en la traducción literaria, la fidelidad al texto original no basta: las obras literarias tienen un cuerpo complicado y tienen alma, y llegar a traducir las condiciones peculiares de esa alma del texto ha de ser la más ardua y también la más compensadora de las tareas del traductor.

Quien logre poner en otra lengua, además del cuerpo, el espíritu burlón y profundo que alienta las páginas del *Don Quijote de la Mancha*, habrá traducido el *Quijote*; quien alcance en otra lengua que no sea la francesa el lenguaje suspensivo y el espíritu atormentado y dubitativo que domina en el discurso de *Madame Bovary*, habrá alcanzado lo que parece ser una motivación central en el escribir de Gustave Flaubert.

Sobre estas páginas de Fabián Dobles, que la Unesco ha puesto en su colección de *Obras representativas de la humanidad*, campea el espíritu del recuerdo emocionado de esos momentos únicos que fueron decidiendo una existencia.

Por eso, tal vez, más que literatura de rememoración se trata aquí de escritura de integración; integración de una carrera vital que va conciliando el hoy con sus ayeres para tratar de entender la dispersa unidad que es una vida humana. La traductora Joan Henry ha logrado expresar en lengua inglesa esta esencia de *Los años, pequeños días*, sin faltar al ritmo de un lenguaje mesurado y cadencioso, que nunca quisiera excederse.

Ahora, un par de observaciones sobre esos pormenores de la traducción, algunos de los cuales son de sabor dulce y otros de tinte amargo, pero que resultan insalvables cualesquiera que sean los idiomas en cuestión. Con frecuencia ocurre que en el lenguaje-destino no existe la palabra equivalente para denotar la realidad mencionada en la lengua original, y esto porque tal realidad no existe en el medio donde se habla la lengua de destino. Este problema es común cuando se trata de menciones referentes a la flora y la fauna de regiones muy diversas; y hace 200 años casi enloqueció a un Alexander von Humboldt tratando de clasificar en francés la inédita naturaleza del trópico.

La señora Joan Henry ha salvado con mucha habilidad ese problema. Cuando Fabián Dobles escribió: "Después, por la vereda hacia el bajo, nos pusimos a jugar a este es un cedro, aquel es un laurel, un pochote, un guapinol. Un guarumo, un lagartillo, un jiñocuabe. Otro nance, un guácimo, otro guácimo...", la señora Henry tradujo: "Afterwards, along the path towards the bottom we began to play: This is a cedar, that's a laurel. There's a pochote, a guácimo, a guarumo, a lagartillo, a nance, a jinocuabe. There's another nance, another guácimo, another guácimo...".

Soslayando la mayoría de esos sustantivos, del todo inusuales en inglés, la clave de comprensión de lectura está dada para el lector de la nueva versión gracias a que cedro equivale literalmente a cedar y laurel a laurel, ambos colocados en primer lugar de la enumeración; el resto de la comprensión se apoya en una deducción simple que no confundiría a ningún lector culto.

Hay otros casos de adaptaciones que, aunque parecieran muy locales, encuentran, sin embargo, un equivalente universal. Cuando en el original se dice: "En mi familia, nada de vagabundear en los alrededores de la plaza por las noches; nos tienen a mecate corto...", en inglés se lee: "In my family there's no question of wandering round the neighbourhood of the square at night. They have us on a short leash". Las frases se corresponden literal y semánticamente a la perfección, porque, en el fondo, con la misma imagen, reflejan una idea universal.

Aquí convendría recordar la reflexión luminosa de Octavio Paz según la cual la traducción existe para allanar el camino hacia la comprensión "porque [después de todo] en lenguas distintas los hombres dicen siempre las mismas cosas."

Muchas otras veces no es posible, sin embargo, hallar una correspondencia tan precisa como en el ejemplo anterior; el sentido es el mismo, aunque las palabras utilizadas sean muy diferentes. El traductor literario -se dice-, al contrario del traductor técnico, debe ocuparse especialmente en trasladar el sentido del texto primario, aunque se aparte de la letra.

He aquí un ejemplo bien logrado de rescate del sentido. Se pregunta el narrador: "¿Cómo consiguieron pasar camiones y automóviles y aquel motociclista?... Malhaya, vaya tuerce, que a destiempo, con todos los demonios"; y en inglés: "How did trucks and cars and that motorcyclist manage to get through? Damn! What a set back! What hellish bad timing!". Con palabras bien distintas y en diferente orden sintáctico se ha logrado, sin embargo, expresar con claridad la duda y el malestar que acosan al hablante en el momento de su exclamación.

Una situación de difícil solución ocurre al traducir cuando en un texto literario se proveen informaciones culturales del todo ajenas al medio de la lengua de destino. Así, por ejemplo, un pasaje de la novela alude a Carmen Lyra, "Santa Carmen la de la Lira; a Joaquín García Monge, "San don Joaquín García; a Mario Sancho, "San don Mario Sancho", y a "César de los Heraldos Negros", en alusión al poeta peruano César Vallejo y al título de su primer poemario. En ciertas ediciones se abre una nota al pie de la página para aclarar el sentido de tales menciones al lector, pero esto va más allá de la traslación de un texto y es procedimiento que poco se emplea cuando se trata de obras contemporáneas. El sentido contextual del párrafo en el que aparecen estos nombres -ídolos todos del adolescente lector- deberá solucionar las virtuales lagunas de comprensión, y en este respecto la traducción que comentamos es bastante acertada.

No puedo evitar aquí referirme al caso de aquellas expresiones que el diccionario califica como vulgarismos, aunque son ingredientes de nuestra habla diaria y, por lo mismo, de las obras literarias.

Por respeto a ustedes me voy a detener solo en una expresión omnipresente en el habla costarricense que en la novela no se traduce como son of a bitch sino como hell; o, cuando ocurre en español como exclamación enfática y apocopada: ¡hijueputa!, en inglés se transforma en bloody hell! Todos sabemos que el "son of a bitch" es de uso mayormente estadounidense, y por ello la traductora ha preferido la expresión británica, aunque la primera se corresponde con la letra y el sentido de la frase en castellano.

Así ocurre en la lengua-destino con la mayoría de los vulgarismos y con las menciones coloquiales relativas a la esfera sexual; las cuales, por lo demás, mucho varían, aun en una misma lengua, de región a región.

Después de comentar estas menudencias sobre el pasar de un libro de una lengua a otra, vale la pena concluir -como lo hace Umberto Eco- afirmando que la traducción es un hecho de la comunicación "que afecta únicamente a la lengua de destino, por lo que está última debe resolver en su propio ámbito, y según su contexto, los problemas semánticos y sintácticos que plantea el texto original".

Acorde con este sabio principio, nos parece que la traductora ha solucionado bien esos problemas en cuanto respecta al uso británico, digamos, de la lengua inglesa; no ha pensado en el atrayente mercado librero de los Estados Unidos, y tal vez ha hecho bien, suponiendo que debía ser fiel a su propia lengua local y, por ello, a la visión de mundo que la acompaña. Si el libro es bueno, como nos consta que lo es, y si la traducción está a su altura, terminará por imponerse en ambas versiones, superando estas menudencias.

Cabe mencionar aquí la traducción realizada por la misma Joan Henry del libro de cuentos para niños *Los hijos de Mariplata*, del escritor costarricense Miguel Benavides, editado por Forest Books, y citado por Dobles. Asimismo existen varias importantes antologías de cuentistas centroamericanos y costarricenses, publicadas en Nueva York, San Francisco, California y Texas.